PRECIO: $ 1.50

REVISTA

DE ARTES Y LETRAS

Año II - N.º 1

1.º de Enero de 1918

Ediciones de ARTES Y LETRAS
(LOS DIEZ)

EL CONCEPTO DE LA CONCIENCIA COMO EPIFENÓMENO (1)

(Segun Le Dantec)

El hombre no es más que un simple accidente funcional, determinado a su ascendiente hereditario, que ha registrado todas las adaptaciones necesarias en su organismo. En él no se dan comienzos absolutos, sino una regular continuidad ancestral que le determina como un fenómeno entre millares de fenómenos similares. Sin embargo, el hombre pretende ser libre y escapar a la subordinación que le impone el mundo físico; pretende colocar su vida fuera de la tiranía de las leyes regulares de la naturaleza, asignándose un carácter de elección sometido sólo al poder de una voluntad superior a la suya. La antigua creencia en un principio inmaterial regulador de las acciones humanas; la fe en el alma de los antiguos, bastaron para confirmar esta pretendida superioridad de la que el hombre no podía menos de vanagloriarse sobre el resto de los seres vivos. A ese principio de conocimiento inmanente, a esa facultad superior le concedía el hombre una finalidad superior que si por una parte contrariaba todo principio de equilibrio natural, por

---

(1) Fragmento de la conferencia que, a raíz de la muerte de Le Dantec, dió su autor en el Salón de Honor de la Universidad.

otra bastaba a satisfacer sus inquietudes. Si a un hombre del siglo dieciséis, después de leer la Suma Theológica de Tomás de Aquino, le hubiera sido dable conocer una definición tan simple y exacta como la siguiente de Le Dantec: «Un ser vivo es un espacio limitado en el cual se verifican ciertos fenómenos en ciertas circunstancias», no habría vacilado en creer que quien tal afirmaba no podía menos de haber perdido la razón, porque ¿acaso no era más sencillo concebir la historia de la vida y explicarse el problema de la libertad humana, como los de una creación total superior y de una virtud dependiente de una facultad absoluta?

Pero la ciencia ha progresado tanto desde Lavoisier hasta nuestros días que es posible estudiar el fenómeno vital sin necesidad de recurrir más que a lo accesible y mediato. Los fenómenos vitales como los fenómenos síquicos pueden ser susceptibles de medida y si por el momento la ciencia es impotente aun para conocerlos en toda su extensión, día llegará en que sean del absoluto dominio de sus disciplinas Sin embargo, no faltan los enemigos de la ciencia que, no con formándose con la negación de toda voluntad superior y de la existencia del alma, crean también que, al negar esta última, la ciencia ha negado la conciencia misma, con lo cual se creyó dar un golpe de muerte a la filosofía científica, pensando limitarle toda representación clara de algo que era tenido como totalmente ajeno a las funciones fisiológicas. Sin embargo, con claridad asombrosa, Le Dantec, ha afrontado el problema diciéndose decidido partidario de la teoría de la conciencia epifenomenal.

Todo lo que pasa en nosotros, nos dirá, las reacciones químicas que se traducen en fenómenos fisiológicos, va acompañado frecuentemente de epifenómenos síquicos. Si esto sucede, cabe preguntarse ¿es la conciencia una propiedad general de la materia? Le Dantec limita el alcance de esta pregunta asegurando que sólo es posible aventurar hipótesis al respecto aun cuando la fisiología se empeña en demostrarnos que todo fenómeno sicológico no pasa de ser más que un epifenómeno que acompaña a un fenómeno físico, que no lo influye en manera

alguna, y que todo lo que pasa a nuestro alrededor «pasaría exactamente lo mismo si los cuerpos químicos y biológicos tuvieran *todas* las propiedades que en ellos conocemos, menos la de la conciencia».

Luego la conciencia para Le Dantec no es más que un simple epifenómeno, que no modifica de manera activa el fenómeno fisiológico que acompaña: «Cuando habiendo remontado toda la escala de los seres llegamos a nosotros—escribe Le Dantec —observamos que muchos fenómenos fisiológicos, absolutamente comparables a otros de la misma naturaleza observados en animales, van acompañados en nosotros de epifenómenos de conciencia, pero si hemos seguido la marcha científica ascendente, el determinismo fisiológico resulta establecido para nosotros de manera definitiva y nos limitamos a afirmar que los fenómenos van acompañados de epifenómenos, sin pensar en preguntarnos si los segundos por su naturaleza pueden influir de algún modo en los primeros».

Mientras la estructura del sistema nervioso varía, varía también el epifenómeno de conciencia. Si la conciencia no tuviera este carácter epifenomenal es claro que subsistiría hasta más allá de los trastornos fisiológicos; entretanto, podemos advertir que mientras varía en esos diversos estados sucesivos sólo la memoria sigue siendo la causa de unión y de continuidad. En cambio, es fácil advertir que, a determinado fenómeno fisiológico lo acompaña el mismo epifenómeno de conciencia, como si este último derivase de aquel. ¿Por qué durante el sueño no existe continuidad en la personalidad síquica? ¿Por qué cada día, al despertar, seguirán a análogos fenómenos fisiológicos los mismos epifenómenos de conciencia? ¿Por qué razón una modificación fisiológica cualquiera, durable o definitiva, puede traer, como sucede en un estado de locura, la sensación del epifenómeno de conciencia?

La personalidad consciente es, pues, correlativa de la estructura del sistema nervioso: una modificación de éste la hace variar al momento, así sea en el sueño o definitivamente, durante el estado de locura; y cuando «cesa la coordinación nerviosa perece la personalidad síquica, muerte psicológica que acompa-

ña a la muerte fisiológica». Si esta conciencia asiste impotente al funcionamiento del mecanismo transformador, el mecanismo será lo importante, lo fundamental, ya que aquella está subordinada a éste y no se introduce en él nada nuevo.

¿Dónde comenzará entonces la individualidad consciente? ¿Acaso en el protozoario? He aquí una pregunta, afirma Le Dantec, que se pierde en las probabilidades de la hipótesis y que no es accesible para nosotros, pues no es del dominio de la medida científica de que disponemos. Unicamente nos es dable afirmar que en nosotros al menos los fenómenos fisiológicos van acompañados frecuentemente de epifenómenos síquicos y no sabemos en realidad si éstos existen fuera de nosotros, «si corresponden a una propiedad especial de las substancias plástidas o a una de la materia en general». La individualidad síquica es el resultado del epifenómeno que acompaña a la memoria y cesa con la vida fisiológica. Sólo nos es dable comprobar que en el hombre vivo no existe una entidad independiente de su mecanismo corporal sino que toda su determinación de obrar está ligada a modificaciones de la substancia: «los razonamientos y las determinaciones de obrar que se manifiestan en la mentalidad de un hombre no son más que reflejo interior de movimientos físico-químicos del cerebro, que están sometidos al determinismo universal».

A su vez el fenómeno de conciencia no es más que un fenómeno de conjunto, la síntesis de un gran número de fenómenos elementales que es posible estudiar aisladamente: nuestra substancia cerebral está dotada de conciencia en sus elementos constitutivos. Y como los elementos que constituyen el cerebro del hombre son el carbono, el ázoe, el oxígeno, el hidrógeno, o sean los elementos ordinarios de la química, podremos admitir que los elementos de las substancias brutas tienen su conciencia elemental. Si se considera, pues, dotados los átomos de una conciencia atómica fija, que no se manifiesta más que en el momento de los cambios intra-moleculares, es lógico establecer un paralelo entre la construcción física del cuerpo humano y el establecimiento concomitante de la conciencia.

Si existen elementos de conciencia en las fusiones que constituyen la más elemental unidad de la escala atómica y molecular, y si el átomo no es más que una realidad apreciable de esas fusiones, podemos concebir la representación de una síntesis de estados de conciencia: «Ignorando de qué naturaleza son exactamente las fusiones características que unen las diversas partes del cuerpo protoplasmático—dice Le Dantec—es posible concebir que estas uniones, siendo de las dimensiones de aquellas que tienen un elemento de conciencia, determinen, en cierto modo, una síntesis de partes parciales de conciencia del protoplasma». De tal manera que, en lugar de una coexistencia de conciencias aisladas, dependientes de cada fusión, se produce una síntesis correspondiente a cada estado o variación protoplasmática. No existe despertar de estados de conciencia en cada momento, sino que cuando se producen variaciones que corresponden a adaptaciones sucesivas del organismo. Así, pues, a la unidad objetiva que se da a cada instante como resultado de las relaciones particulares de fusión entre las diversas partes de un cuerpo protoplasmático continuo, corresponde cierta unidad subjetiva que no es posible comparar a nada y que conocemos solamente porque se manifiesta en cada uno de nosotros bajo la forma de lo que denominamos nuestra conciencia individual.

Indudablemente que esta teoría biológica de la conciencia, formulada por Le Dantec, no basta para satisfacer ciertas reservas que han sido causa de serias controversias entre los psicólogos contemporáneos. ¿Será posible aceptar la hipótesis de la síntesis de conciencia como se acepta la de la síntesis química, que sabemos compuesta por elementos mecánicos que tienen su valor y son susceptibles de ser medidos? Si concebimos la conciencia como una síntesis semejante nos encontraremos ante la primera limitación de que sus elementos sólo se dan en la síntesis pero no aislados. Tomando el caso de una simple sensación ¿sería dable descomponerla en los elementos que han concurrido en ella: las impresiones inconscientes y los hechos únicos que han motivado la síntesis mental?

Cada hecho de conciencia es de por sí complejo y escapa a toda medida posible; lo que le caracteriza es su valor de síntesis, de totalidad; o, como dice Dwelshauvers, «su unificación en la vida»; su unidad y su continuidad.

ARMANDO DONOSO.